

¿HA TOCADO TECHO LA REVOLUCION?

Un paseo por la historia

Dos son los modelos de irrupción de la sociedad liberal: el modelo francés, espasmódico, revolucionario, y el lento decurso de revoluciones y contrarrevoluciones que jalonan la historia doméstica del resto de los estados. Pero en ambos casos se trata de un pulso que desembocó en el asentamiento de los valores del nuevo liberalismo y el entierro de las fórmulas preexistentes durante el Antiguo Régimen. Doscientos años después, ¿a quién interesa la Revolución?

Por Antonio Rivera

«Al definir la libertad, el primero de los bienes del hombre, como el más sagrado de los derechos que hereda de la naturaleza, habéis dicho con razón que tenía como límite los derechos ajenos. ¿Por qué no habéis aplicado ese principio a la propiedad, que es una institución social; como si las leyes eternas de la naturaleza fuesen menos inviolables que las convenciones de los hombres?» (Robespierre, *Acerca de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*. 24 de abril de 1793).

En el debate previo a la nueva constitución francesa del año I, la más democrática de aquel período, la izquierda jacobina, por boca del «incorrupible» Robespierre, expresaba proféticamente el punto de contradicción que en el futuro alumbraría el conflicto fundamental de la sociedad europea. La consideración del segundo elemento de la trilogía histórica, la igualdad, como «igualdad de oportunidades» y no como igualitarismo, abrió el camino a partir de la mitad del XIX a la centralidad de un conflicto, conflicto de clase, que si hasta entonces se había encontrado subyacente en toda la trama del episodio revolucionario, a partir de ese momento ocuparía una posición singular. Pero antes, otro había sido el estímulo que había movido a los revolucionarios europeos.

REVOLUCION LIBERAL BURGUESA VERSUS ANTIGUO REGIMEN

Faltamos al rigor histórico cuando convencionalmente hacemos surgir el mundo contemporáneo de la combinación del discurso de *La Enciclopedia*, la toma de La Bastilla y los tumultos de las calles de París. La universalidad asignada a la Revolución Francesa —bien ganada por sus protagonistas— nos ha hecho perder de vista que ésta se inscribe en un fenómeno más general que afecta también y con anterioridad a otros dos ámbitos de la esfera atlántica: Inglaterra en el siglo XVII, y sus colonias en América del Norte en los años setenta del XVIII.

Pero debemos volver los ojos a Francia, hecha esta advertencia, porque su modelo revolucionario es sin duda el más ejemplar y el que más repercusión cobra en la Europa del momento. La monarquía francesa era también paradigmática de la situación de otros reinos continentales (dejando siempre aparte a los «aventajados» británicos). Su absolutismo político —expresión del despotismo ilustrado—, la concatenación de crisis económicas que padece y el emerger de fenómenos diversos que van minando sus estructuras internas, refleja perfectamente la dimensión de los problemas de las viejas sociedades de Antiguo Régimen.

En este escenario interviene el demoleedor pensamiento de los ilustrados. Voltaire, Montesquieu, Rousseau, en Francia, antes y después, Locke o Jeremy Bentham en Gran Bretaña, modelan el futuro pensamiento liberal, arma terrible en manos de los revolucionarios y sepulturero ideológico de la sociedad estamental. La supresión del origen divino del poder (y del poder del rey), la soberanía radicada en la sociedad, la racionalización extrema del orden social, la limitación del poder absoluto mediante la asignación específica de funciones a determinados órganos del estado, y la consideración del orden social y de su expresión política como salvaguarda y gestora de la felicidad de los hombres, resume la densa trama ideológica que cuestionaba el modelo como hasta ahora habían venido rigiéndose las relaciones entre los hombres y sus gobernantes.

Pero al igual que los inventos no surgen de la casualidad de una cabeza alocada sino del esfuerzo racional provocado por la necesidad, las ideas surgen bien conectadas a la realidad social contemporánea. Una clase social, no nueva, sino enriquecida y fortalecida en los últimos tiempos, la burguesía, percibía la necesidad de modificar sustancialmente la situación para romper las limitaciones que en todos los terrenos impedían el libre ejercicio y expansión de sus negocios, y el ascenso al puesto que en el ámbito socio-político correspondía a su potencial económico.

La crisis de una sociedad de horizontes cerrados, el discurso disolvente de los ilustrados, y la dirección política del elemento burgués que aglutina tras de sí las frustraciones de los populares, desembocan en la gran eclosión francesa con la que inauguramos nuestra contemporaneidad. El conflicto central opone ahora la aristocrática y estamental sociedad del Antiguo Régimen, a los valores y proyectos de la nueva sociedad liberal burguesa. El éxito en Francia de la segunda opción abrió el período de revoluciones sucesivas



que afectan a todos los estados europeos (y americanos) durante todo el siglo XIX.

Los mecanismos de imposición de este modelo de sociedad liberal adoptan fórmulas y tiempos diferentes en cada uno de los países, pero en todos los casos, son justificatorios de la singular agitación que se vive en esta centuria. Aparentemente hay dos modelos básicos de irrupción de la sociedad liberal: el modelo francés, espasmódico, revolucionario, y el lento ir y venir de revoluciones y contrarrevoluciones que jalonan la historia interna del resto de los estados. Pero en ambos casos se trata de un pulso que concluirá en el conjunto general por asentar los valores del nuevo liberalismo y enterrar las viejas fórmulas de lo anterior. Frente a la claridad del ejemplo francés, parcelado por convulsiones que permiten contemplar con sencillez el proceso de caída del viejo mundo-asentamiento de la fórmula liberal —exigencia de ampliación de los contenidos democráticos y manifestación expresa del nuevo conflicto de clase— y demostración empírica de los alcances de estas exigencias, es decir, 1789-1830-1848-marzo 1871, tenemos el menos visual ejemplo español. En este caso se agolpan constituciones y efímeros periodos liberales, contrarrevoluciones y *ominosas* décadas, *pronunciamientos* y golpes de estado, aparentes guerras civiles por un quitame/ponme allá ese rey que encubren la centralidad del conflicto protagonista, e incluso *gloriosas* revoluciones con su inevitable y prolongada *restauración*. Aquí el calendario no es tan lineal: 1812-1820/23-1814-1823/33-1832/39-1873/76-1868-1876, pero nadie puede dudar de que cuando Cánovas formula el proyecto político que da continuidad al país durante medio siglo, la sociedad liberal burguesa está ya suficientemente asentada en España.

IGUALDAD SIN LIBERTAD ES TIRANÍA; LIBERTAD SIN IGUALDAD ES OPRESIÓN

Rememorando, creo que no textualmente, las viejas palabras del revolucionario Bakunin, comprendemos la esencia del futuro conflicto que va a mover a Europa en la segunda mitad del XIX, en todo el siglo XX, e incluso, matizadamente, en nuestros días.

Conseguido el ascenso de la burguesía revolucionaria al poder en el caso francés, corresponde a ésta marcar las limitaciones de clase que tiene su discurso liberal. La burguesía se había constituido desde un principio en dirección hegemónica del movimiento revolucionario, amparando y conduciendo la presión de los populares. Los logros de la Asamblea del Tercer Estado (donde no se sienta ni un solo popular) no se comprenden sin la presión en la calle y en los campos de artesanos, incipientes proletarios, y campesinos franceses. Si la Asamblea es el órgano jurídico de la revolución, la calle es la revolución en sí misma. Una y otra van de la mano.

Sin embargo, en todo el proceso, la burguesía, ya sea la girondina o la más radical jacobina, pugna permanentemente por combinar el apoyo de los populares con el freno constante a sus ansias de llevar más lejos la revolu-



ción. Alcanzado un momento, la burguesía thermidoriana, y luego Napoleón, fijarán los límites de las consecuciones revolucionarias haciendo de igual modo irreversibles sus logros, y limitando la presencia activa de las facciones radicales. El antiigualitarismo se impone, igual que lo hacen los mecanismos correctores y falseadores de la democracia al objeto de desplazar el papel protagonista del pueblo llano: voto censitario e indirecto, autoritarismo populista, etc... En la medida en que la burguesía revolucionaria accede al poder, comienza a surgir de sí misma su otra inevitable cara: la burguesía conservadora. La «Ley Le Chapelier», prohibiendo las corporaciones obreras, condenando en el futuro al proletario a la «libre» y personal venta de su esfuerzo al capital, y desarrollando un sistema de defensa de la «mano invisible» eximiendo al estado de cualquier papel en beneficio de los grupos más desprotegidos, marca, ya en 1791, las dimensiones de un liberalismo económico que no es sino expresión de su verdadera faz y limitación burguesa.

A una revolución sucede otra revolución, sentenciaba el viejo Trotski, pero en este caso debemos hablar ya de una «revolución dentro de la revolución» (George Rudé). ¿Qué otra cosa son si no los radicales «sans-culottes», los *igualitaristas* de Babeuf, los *hébertistas*, o qué habían sido en Inglaterra, un siglo antes, los *levellers*, los *diggers*? Revolucionarios dentro de una revolución, que siendo la suya, entendían que debía extender sus beneficios al conjunto de los plebeyos. Aun habiendo colaborado directamente al proceso general, habiendo sido responsables de la caída del viejo orden y del ascenso burgués, no habían logrado ninguno de sus objetivos, rechazados y eliminados indistintamente por jacobinos temerosos o moderados astutos. Ningún logro en su haber salvo el de iniciar el camino del que pronto sería el gran debate, el gran conflicto social.

Se inicia, entonces, desde las propias grandes revoluciones, un proceso que pretende en paralelo una ampliación de las libertades democráticas (derecho al voto sin restricciones, presencia popular en las esferas de poder) junto al establecimiento de un modelo social que recorte las desigualdades, cada vez más profundas, contenidas en el capitalismo y enmarcadas en su revolución industrial. A esta pugna no asiste en solitario el naciente proletariado, sino que son también amplios sectores que persisten del viejo mundo tradicional (artesanos en lento proceso de proletarización) y pequeña y mediana burguesía desplazada de los ámbitos de poder, los que se agrupan a un lado de la barricada. Cartistas británicos junto a demócratas, radicales, nacionalistas o primeros socialistas del continente inician un proceso que encuentra en la gran oleada de 1848 su momento de esplendor. Sin embargo, a pesar de la obtención de algunas ganancias, el elemento obrero y popular ve pasar aquella revuelta, que colocó a las masas en los primeros puestos del protagonismo histórico, sin avances notorios. A pesar de ello, desde la perspectiva de la burguesía conservadora se vislumbra el amanecer de esta nueva pugna, los nuevos contendientes entran definitivamente en escena. El «espíritu del 48» se resumía en las palabras de un observador excepcional, Alexis de Tocqueville: «Los que nada poseían, unidos en común codicia; los que poseían algo, en común terror».



EL «ESPIRITU DEL PUEBLO» ANTE LA UNIVERSALIDAD REVOLUCIONARIA

El 48 da la bienvenida también a otro fantasma que venía removiendo Europa desde los días en que los ejércitos napoleónicos fustigaron los «espíritus de los pueblos». El nacionalismo, tan complejo y contradictorio en sus términos, hacia aparición entre las naciones sin estado dependientes de sus correspondientes «gendarmes».

Si la filosofía revolucionaria había proclamado que el poder residía en la nación, que la adscripción libre del ciudadano a un proyecto nacional vinculaba a éste a algo más eterno que las efímeras dinastías (Rousseau, *El contrato social*), era de esperar que con el tiempo surgiera algo que diera cauce político a tales presupuestos.

Pero el contenido revolucionario del nacionalismo, y en concreto, el nacionalismo de este siglo, es todavía una cuestión sometida a vivo debate. Son dos las grandes líneas que presenta este pensamiento (José Ramón Recalde, *La construcción de las naciones*). Por un lado, herencia ilustrada y revolucionaria, la nación concebida como proyecto común de una sociedad, articulada libremente, teniendo en cuenta que en su formación opera la libre determinación de los ciudadanos junto a la existencia de vínculos que mueven a los hombres a sentirse unidos en ese proyecto. Por otro, el sobredimensionamiento de los valores del entorno (lengua, raza, cultura común, grandes hazañas, gestas, mitos y personalidades patrias,...) desplazando a un plano secundario el papel del libre albedrío de las personas, el nacionalismo esencialista, la herencia del primer romanticismo, en su origen, claramente contrarrevolucionario. Sin embargo, no es tan fácil adscribir plenamente los diferentes proyectos nacionales que se ensayan en este momento a una de las dos vías. Todos tienen algo de cada una.

En cualquier caso, el nacionalismo acaba manifestándose en última instancia de la mano del liberalismo (caso italiano) y contribuyendo a minar la existencia de estados o imperios plurinacionales, en muchos casos bien teñidos aún de contenidos absolutistas (vg.: la Austria del «gendarme» Metternich). Si al final el nacionalismo acabará convirtiéndose en opositor y cuestionador del internacionalismo revolucionario, y si su inevitable carácter expansivo dará lugar a cruentos conflictos internacionales, es cuestión en la que entran en juego no sólo sus contenidos originales, sino también los particulares problemas del mundo de su tiempo. Pero el revolucionario nacionalista (recuérdese la talla de un Garibaldi) también ha de ser incorporado al grupo de quienes en un momento cuestionan el equilibrio de las sociedades de aquel instante.

EL «HERALDO DE UNA NUEVA SOCIEDAD»

Así denominó Marx la experiencia parisina de *La Commune*, el punto de inflexión entre lo viejo y lo nuevo, la primera revolución que anunciaba el



futuro pero que hundía sus pies en el mundo del pasado. Y realmente, esta experiencia certificaba empíricamente que la escalada de exigencias que los populares habían manifestado desde hacía un siglo, su denuncia de una sociedad aparentemente libre asentada en la desigualdad, podía conducir a algo diferente. Durante decenios, hasta la Revolución Rusa del 17, para los trabajadores y progresistas del mundo la gesta parisina fue un símbolo de que no era imposible el gobierno de los apartados por revoluciones anteriores.

La contradicción del concepto burgués de la igualdad expresada en los dramas colectivos de un capitalismo feroz genera la respuesta de los de abajo. La Internacional obrera aparecía como esperanza de unos y como amenaza de otros. Un mundo donde libertad e igualdad convivieran armónicamente cuestionaba los alcances de la asentada sociedad liberal. Pero la gran organización de los trabajadores no promueve las grandes convulsiones internacionales de la primera mitad del siglo. Ahora son las batallas en cada uno de los países, y la extensión costosa de sus logros al resto, los que caracterizan la época: los «tres ochos», el sufragio universal, la entrada de los partidos obreros en los parlamentos, la legislación laboral... y la gran revolución como horizonte, a veces cada vez más lejos, a medida que crecía el poder real de los trabajadores.

La revolución se constituye en asignatura de estudio. Nunca se escribe tanto sobre cómo hacerla, con qué medios, qué hacer después. Y aquí nace la profunda división de los revolucionarios, en teoría en dos grandes ramas, en la práctica en mil y una, dependiendo de la adaptación de cada discurso a las siempre discutidas realidades objetivas nacionales.

En 1917 se renueva la gesta de 1789 aunque los personajes, el escenario, la trama y el desenlace no tengan mucho que ver. Pero el mecanismo básico es el mismo: la coincidencia histórica de la crisis general de los de arriba con la presión irrefrenable de los de abajo. Por fin, los desheredados de la tierra pueden mostrar un ejemplo de cómo algunos de los suyos han sabido ocupar las alturas del poder. La descomposición de las estructuras de los estados afecta a muchos más países que simplemente a la vieja Rusia. Alemania, Austria, Polonia, España, pronto Italia, se ven removidos por un nuevo fantasma que recorre la vieja Europa. Sin embargo, no es tanto el capitalismo el que está en crisis como las estructuras estatales corroídas por el fragor de la primera gran guerra o simplemente por el agotamiento de sus fórmulas de sostenimiento de la ya vieja clase burguesa en el poder. El objeto revolucionario es ahora para muchos precisamente ese poder, para así hacer realidad la vieja requisitoria de Robespierre, que la propiedad no sea más importante que la libertad. Pero el incansable debate previo no era sino anticipo de que realmente ésta era la ocasión de verdad, el momento en el que el problema dejaba de ser en un lugar cómo hacer la revolución, para pasar a ser el qué hacer después de ella. Desgraciadamente, la vieja premonición práctica de Bakunin, igualdad sin libertad es tiranía, se iba a hacer lamentable realidad. Si la igualdad, de la mano de la libertad, había sido la obsesión de los revolucionarios de todo un siglo, ahora el igualitarismo acababa siendo tiránico y



surgía de nuevo la reclamación en sentido inverso: ahora había que sostener y defender de nuevo la libertad sin perder de vista la igualdad. Y con ello no quiero retirar de un simple plumazo la condición revolucionaria de quienes preferían igualdad a costa de libertad, aunque la historia haya acabado por demostrarles que su final no cerraba felizmente la lucha, sino que la reabría por otro frente.

El debate revolucionario de los años treinta volvía a girar en torno a la combinación satisfactoria de los dos elementos en litigio, libertad e igualdad a un tiempo, pero ahora una parte de los revolucionarios comenzaba a tener un espejo donde no podía mirarse.

EL GRAN LEVIATAN

Uno de los debates que más había desarrollado la modernidad era el que giraba en torno al poder, a la expresión política del orden social, a la articulación entre la concepción del mundo y la organización humana (Maquiavelo, Hobbes, Bodin, Locke, ...). La herencia intelectual de este trabajo, en manos de los ilustrados, cobró una importancia extrema por la dimensión política que contuvo y por la proyección en el tiempo de sus logros. Para los sucesivos revolucionarios la cuestión había ido evolucionando de modo curioso. Cuando la burguesía accede al poder y desplaza al pueblo, éste pasa varias décadas intentando escalar posiciones dentro de él (o contra él). Cuando el pueblo acceda al poder y desplace a los viejos amos, el pueblo pasará varias décadas enmudecido, y al final, volverá a pasar otras más intentando escalar posiciones dentro del poder (o contra él). Como en el XVI, el debate sobre el poder, sobre el estado, se resolvía más profundo y esencial que un simple decir «depende de quien lo ocupe». La primera gran experiencia de gobierno proletario estable tornaba rápidamente de sueño a pesadilla.

Como a la salida de la primera gran guerra, la crisis de los años treinta colocaba a los revolucionarios europeos en la tesitura del todo o nada. El todo era diverso: constituir un nuevo estado proletario de corte autoritario (III.ª Internacional), reforzar la presencia obrera en las esferas del poder pero respetando los límites de la democracia liberal por el temor, entre otras cosas, que producen los excesos de la experiencia primera (socialdemocracia), o alcanzar un indefinido poder obrero articulado bien en sindicatos o a través de federación de comunidades respetando exquisitamente una libertad no puesta a prueba (anarquistas y anarcosindicalistas). La nada era ser engullidos por las diversas experiencias fascistas del momento. Todavía la centralidad del conflicto sigue siendo claramente de clase, a pesar de que ello no suponga que los revolucionarios se muevan únicamente en el terreno económico, y a pesar de que junto a ellos siga advirtiéndose la presencia importante de sectores no proletarios que dentro del radicalismo continúan la tradición de lucha por incrementar los niveles de libertad y participación en el ámbito político.



La gran crisis de esta década lleva directamente y se resuelve en la segunda conflagración mundial. Como ya ocurriera en la primera, el internacionalismo y la lucha por la paz sucumben a la fuerza del militarismo y las exageraciones patrióticas. Si bien es cierto que en esta ocasión la acentuada y perversa ideologización de uno de los bandos evita los lamentables debates y el peor final que sostuvo la Internacional antes de 1914.

Si en 1789 nace nuestro mundo contemporáneo, en 1945 surge lo inmediato, lo presente todavía hoy. El giro en la perspectiva revolucionaria después de esta fecha es absoluto. Dejando para otros compañeros colaboradores de este número la interpretación y análisis de la actualidad, quiero terminar este recorrido histórico con unas notas sobre la realidad de las posibilidades revolucionarias europeas y el marco en que éstas se mueven, en los últimos cuarenta años.

1. La recuperación económica europea posterior a la guerra ha sido capaz de desarrollar, dentro del capitalismo, un estado de bonanza relativa en lo que se refiere a bienestar económico de la generalidad y de apertura de los marcos políticos al conjunto de la población. A pesar de las muchas fallas del sistema, no cabe duda de que éste ha sido capaz de integrar a la mayoría social, y dar una estabilidad a la democracia liberal (y al propio sistema capitalista) que no auguraban los viejos pronósticos (de Marx a Schumpeter). La autodestrucción fatal y autotransformación del capitalismo vaticinado no se han producido, y al contrario, éste ha sido capaz de sobrevivir «a una alteración esencial de su base sociológica prototípica, la burguesía y el proletariado, y a una transformación corporativa del pacto social estatalmente coordinado» (Rodríguez Aguilera, «Entre el socialismo y el pacifismo, o la recuperación crítica del presente: el caso de E. P. Thomson», *Política y Sociedad*, Madrid, 1988). La asimilación del conflicto de clase en este marco, la integración del proletariado en los beneficios del *Welfare System* y la capacidad de reorganización del capitalismo en la segunda fase de revolución industrial con la consiguiente maniobra agresiva de la desestructuración de la clase obrera, son expresiones de su éxito. El viejo movimiento sindical se pone al servicio básico del mantenimiento y corrección sin cuestionamientos de las estructuras del capital. A la vez, el fin de la guerra asiste a la desaparición del sindicalismo revolucionario y las expresiones ocasionales de éste no son todavía mucho más que las convulsiones de coyuntura lógicas en un estado de cosas injusto.

2. El desplazamiento progresivo del discurso de clase y de la lucha en el terreno económico juega en favor de nuevas atenciones hacia propuestas interclasistas del género del eco-pacifismo, el feminismo, la defensa radical de las libertades o la solidaridad con el Tercer Mundo. Abandonada la ilusión por el modelo revolucionario tradicional, se busca esta revolución a miles de kilómetros de distancia o en la intimidad de cada persona, elementos éstos más modernos (por su actualidad) que ocurrentes si valoramos el papel que ya habían jugado en la tradicional cultura de izquierdas.

3. Reforzamiento de las diferencias entre el conjunto de los revolucionarios provocado por la ruptura del mundo en bloques (Este-Oeste) y realida-

des (Norte-Sur). Las brutales diferencias de condiciones de vida y libertades en cada uno de ellos hace que la población responda más a una defensa de sus posiciones nacionales que a un posible espíritu de solidaridad internacional surgido de la percepción de una comunidad de estados e intereses.

Ante tal situación no es extraño que los revolucionarios de hoy se descubran en un cinismo existencial con la pregunta: ¿y quién quiere la revolución?

Antonio Rivera es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco, Campus de Vitoria-Gasteiz. Además es miembro de la Fundación «Salvador Segulo».

